

# Lecturas

## PENSAR EN SISTEMAS: UN MANUAL DE INICIACIÓN

Donella Meadows

Capitán Swing, Madrid, 2022

255 págs.

Nuestro mundo parece enfrentarse a desafíos cada vez más complejos y que desbordan nuestra capacidad de comprenderlos íntegramente. Solo cabe señalar que, en los últimos años, hemos ido solapando crisis. Ya sean económicas, sociales o medioambientales, se han convertido en un lugar común que genera una sensación de permanente inestabilidad.<sup>1</sup> Frente a esta complejización del mundo y sus problemas podemos languidecer, caer en el nihilismo, en la desesperanza... o podemos intentar ser flexibles y explorar otras maneras de mirar el mundo y actuar sobre él. En esta línea se enmarca *Pensar en sistemas*, donde Meadows nos propone la Teoría de Sistemas como paradigma para afrontar la realidad de un modo que a muchos le resultará fascinante, novedoso y sobre todo útil.

Por ello debemos de agradecer a Capitán Swing que nos ofrezca, por fin, esta edición traducida al español de una obra que, publicada en 2008, logró convertirse en un *best-seller* y donde su autora refleja los conocimientos y las reflexiones elaboradas durante décadas. Donella

Meadows (1941-2001), científica ambiental estadounidense, fue una prolífica autora, ampliamente reconocida en los círculos medioambientales. Participó activamente en el equipo del MIT que redactó el informe *Los límites del crecimiento*, un trabajo que marcó un punto de inflexión en la reflexión sobre el medioambiente y la sostenibilidad del sistema económico. Asimismo, es autora de *Pensar en sistemas*, libro que se reseña a continuación, y que contiene de manera destilada una introducción al pensamiento sistémico.

La Teoría de Sistemas es una metateoría que trata de dar explicación de diferentes niveles de realidad a partir del concepto de *sistema*. Fue desarrollada a mediados del sigloXX por Ludwin von Bertalanffy en el seno de la biología con la intención de explicar al organismo en interacción con otros sistemas en complejos procesos de interacción e intercambio. La teoría lograba proponer una caracterización más humanística que se alejaba y oponía a las clásicas perspectivas mecanicistas. Su desarrollo posterior ha demostrado su versatilidad aplicándose satisfactoriamente a otras áreas como la cibernética o la economía. En esta obra Meadows nos presenta la Teoría de Sistemas de una manera clara y metódica. Lo que ya implica un logro, puesto que permite al profano conocer los rudimentos de una forma de pensar que puede llegar a altos niveles de complejidad.

<sup>1</sup> El Collins Dictionary declaró "permacrisis" como la palabra del año 2022, disponible en: <https://www.bbc.com/news/entertainment-arts-63458467>

En efecto, el objetivo de Meadows es que el lector aprenda a *pensar en sistemas*. Esto no se limita a la explicación de sociedades o ecosistemas, sino que puede dar cuenta del funcionamiento de una infinidad de fenómenos. Lo cual se debe a la amplitud de lo que Meadows entiende por sistema: allí donde existan dos o más elementos que interactúen entre sí generando una pauta de conducta, hay un sistema. Un sistema, pues, puede ser nuestra propia familia, nuestro cuerpo, la economía de un país o una mera habitación. El horizonte de la mirada sistémica resulta amplísimo, permitiendo interpretar numerosos entornos y sucesos. Aplicarla supone un acercamiento a nuestra realidad que a muchos les parecerá innovadora, a la vez que esclarecedora. El impacto de aprender a pensar en sistemas promete ser profundo. A nivel personal podremos ver nuestra propia vida y las relaciones que la conforman bajo una nueva luz, a la vez que observamos el mundo en que vivimos y sus diferentes ámbitos con un paradigma diferente que quizá nos permita una mayor comprensión de él. Sin embargo, no debemos olvidar sus propias palabras: «Podemos mejorar nuestra comprensión del mundo, pero no podemos lograr que sea perfecto» (p. 122).

La primera parte de la obra expone los elementos, principios y terminología fundamentales que nos permitirán adentrarnos en la teoría. Hay conceptos imprescindibles, como el de *reserva* (*stock*) que es, en palabras de Meadows, «el fundamento de cualquier sistema» (p. 35), y que se define como aquellos elementos del sistema que –físicos o no– se pueden contar o medir en un momento dado y que son el depósito de algún material o información. Junto a la *reserva* están los *flujos* que hacen variar de diferentes formas a las reservas. Entender el funcionamiento

de reservas y flujos nos permite descubrir la dinámica del sistema, con lo que avanzaremos en su comprensión. Por ejemplo, si el flujo de entrada es igual al de salida (Meadows utiliza el ejemplo de una bañera), el sistema llegará a un equilibrio dinámico con un nivel constante.

Es habitual que los sistemas tengan maneras de mantenerse estables pese a los cambios que puedan sufrir. Si se dan adaptaciones de los flujos de entrada o salida relativos a las variaciones de las reservas es porque opera un mecanismo llamado *bucle de retroalimentación* (*feedback loop*). Un *bucle de retroalimentación* puede favorecer la estabilidad del sistema o, por el contrario, ponerlo en peligro. Aquellos bucles que ayudan a mantener los niveles de las reservas estables se denominan *bucles de retroalimentación compensadores*: tienden a que una reserva se acerque a un determinado nivel y se mantenga constante en él, como cuando fijamos una temperatura en el termostato. Cuando un bucle hace que cada cambio incremente su capacidad de aumentar o disminuir una reserva, se denomina *bucle de retroalimentación reforzador*. Estos, en vez de propiciar un nivel estable, producen «círculos viciosos o virtuosos que generan un crecimiento saludable o una destrucción descontrolada» (p. 52).

Los sistemas no suelen presentarse de manera tan sencilla, sino que en realidad surgen a la vez múltiples bucles en competencia y varias reservas (que pueden ser limitadas o no, renovables o no): el modo como operan unos con otros determina el funcionamiento resultante. Meadows dedica el final de la primera parte a evaluar las conductas de algunos sistemas más complejos, mostrando la importancia de prestar atención a sus interrelaciones y de localizar los “factores

determinantes” como, por ejemplo, aquellos bucles que son dominantes dentro del sistema (cf. 68-69).

Esta presentación nos permitirá más adelante localizar cuáles son los problemas comunes dentro de un sistema. Para ello, el *tiempo de reacción y respuesta* a las variaciones de las reservas será fundamental: el factor temporal puede generar muchos problemas. El tiempo de compensación, respuesta o de percepción resulta extremadamente importante cuando se trata de que un sistema no acabe colapsando o descontrolándose. Algo que mostrará Meadows será cómo, en muchas ocasiones, los efectos provocados en el sistema tardan en ser percibidos de modo que las operaciones de compensación deben tener en cuenta esta posibilidad: a veces actuar de inmediato no es la mejor opción para el bienestar del sistema.

En la segunda parte del libro Meadows nos habla de los sistemas desglosando sus bondades y sus posibles defectos. Aunque quizá el primer capítulo de la segunda parte podría haber encajado perfectamente como un final conclusivo de la primera, en él nos da las claves que nos permitirán acercarnos a la experiencia extraña, sorpresiva y frustrante de intentar comprender los sistemas y, sobre todo, influir en su funcionamiento. Ahonda en los tres factores que permiten el buen funcionamiento continuo de un sistema (resiliencia, autonomía y jerarquía), los que nos pueden dar las claves para su evaluación y mejora.

Estos elementos reflejan capacidades inherentes de los sistemas. La *resiliencia* es la aptitud que un sistema tiene de volver a su estado inicial tras una variación. La *autonomía* permite la adaptabilidad del sistema: lo hace especialmente logrando que los subsistemas tengan niveles de or-

ganización interna independientes que les permitan responder antes a los cambios perceptibles a pequeña escala. Por último, la *jerarquía* permite que dichos subsistemas mantengan un orden general para el conjunto resultante del sistema. Es fácil ver cómo entre los tres también puede haber cierto nivel de oposición; la autonomía incentiva cambios adaptativos, mientras que la resiliencia se esfuerza en mantener el estado inicial; la jerarquía establece el orden bajo un control central, mientras que la autonomía tiende a generar grados de control local. No obstante, el objetivo será que estos factores aparezcan equilibrados de modo que logren compensarse (cf. p. 118-119).

A lo largo de esta segunda parte, Meadows intentará darnos una lección de humildad, aquella con la que debemos afrontar nuestro conocimiento del mundo. La teoría de sistemas es un método para ver el mundo, no lo describe tal cual es. La autora nos recuerda que nuestro conocimiento del mundo se da siempre a través de modelos que pueden ser mejorados, pero que inevitablemente nos harán construir una percepción parcial. A pesar de esto, la teoría de sistemas nos propone un modo de acercarnos a la realidad que puede resultar novedoso y hasta contraintuitivo y que, sin embargo, es un aporte para una comprensión más completa. La extrañeza inicial al aplicar una mirada sistémica puede hacer que los sistemas descubiertos nos resulten sorprendentes. Esta sorpresa se incrementa, según Meadows, ya que nos regimos por ciertas pautas de pensamiento ajenas a una visión sistémica, tales como una racionalidad limitada a nuestra posición en un sistema, la linealidad en el modo en que entendemos la causalidad o una comprensión no relacional de los eventos (cf. p. 121-123). Si superamos el primer desconcierto y seguimos pensando sisté-

micamente podremos comprender las interrelaciones ocultas que están tras los fenómenos más sorprendentes.

Por último, la tercera parte toma una deriva más práctica, ya que no basta con comprender un sistema, hay que saber cómo actuar sobre él. Con este fin Meadows propone una lista de *puntos de influencia*, aquellos aspectos especialmente sensibles a la hora de afectar un sistema. Intentar cambiar alguna de las reglas por las cuales se rige el sistema o incluso cambiar el objetivo general al que tiende son formas eficientes de modificación, si bien no siempre son practicables. Se trata de buscar la actuación más idónea, atendidos nuestros propósitos y la particular estructura del sistema en cuestión. Algunos puntos de influencia son más difíciles de alterar que otros, pero poder reconocerlos es ya una gran herramienta. Un ejemplo que salta a la vista es nuestra economía. Es común creer que se trata de un sistema que no tiene un objetivo fijo y cuyos vaivenes deben ser soportados por los individuos. El imaginario común lo trata como si fuera una fuerza de la naturaleza. Una mirada sistémica que apunte específicamente a los objetivos de la economía nos permite hacernos de la crucial pregunta por sus fines. ¿Qué es lo que persigue nuestro sistema económico en último término? Este mero planteamiento abre la puerta a supeditar este sistema a la consecución de metas que sean útiles a los seres humanos que lo componen (esfuerzos en esta línea los han hecho economistas como Mariana Mazzucato, por ejemplo).

En el último capítulo del libro la autora nos entrega una lista de consejos para saber navegar en un mundo de sistemas: la mirada sistémica no es una panacea que permita comprender y modificar el mundo a voluntad, pero sí constituye un paradigma

y herramienta muy útil que nos devuelve una imagen de la realidad que muchas veces pasamos por alto. La enseñanza de humildad que podemos encontrar en la Teoría de Sistemas alcanza desde el conocimiento que podemos tener del mundo hasta a nuestra concepción de este. Nos recuerda una de las autoras del primer informe al Club de Roma: «Para cualquier entidad física en un entorno finito, el crecimiento perpetuo es imposible. En última instancia, la opción no es crecer eternamente, sino decidir dentro de qué límites vivir» (p.142). Teniendo esto en mente, Meadows, valiéndose de décadas de experiencia, nos invita a ser cautos y observadores. Nos enseña a comprender los sistemas avanzando con mucho tiento si hemos de modificarlos y siempre teniendo en cuenta las bondades que puede perseguir un sistema, ya que un afán de control desmedido puede ser contraproducente.

*Pensar en sistemas* es un libro que rebosa sabiduría y humildad: no busca imponer una respuesta definitiva, sino proporcionar un paradigma diferente para observar el mundo. Tiene la virtud de la amplitud: lo que podría ser una visión restringida a ingenieros o científicos ambientales, se presenta de forma que sea aplicable a casi todos los aspectos de la vida, de hecho, la obra hace hincapié en mostrar hasta qué punto en nuestra vida cotidiana nos relacionamos con –y estamos inmersos en– sistemas. El lector debe decidir qué hacer con este regalo que nos da Meadows; ponerse las lentes del pensamiento sistémico puede ayudar a comprender mejor el mundo y –quién sabe– incluso cambiarlo para mejor.

*Francisco Casas Ossa,  
Borja Sánchez Peche y Yaxin Wei,  
Máster en Humanidades Ecológicas,  
Sustentabilidad y Transición Ecosocial,  
UAM-UPV*

## NATURALEZA SAGRADA. CÓMO PODEMOS RECUPERAR NUESTRO VÍNCULO CON EL MUNDO NATURAL

Karen Armstrong

Crítica/ Planeta, Barcelona 2022

190 págs.

¿Qué cabe hacer para recuperar un vínculo más auténtico y menos destructivo con la naturaleza? Karen Armstrong nos ofrece una obra notable que replantea nuestra relación nociva y cosificadora con la naturaleza, proponiendo como solución un enfoque espiritual y humanamente sensible hacia el entorno natural, lo cual puede apreciarse desde su mismo título: *Naturaleza sagrada. Cómo podemos recuperar nuestro vínculo con el mundo natural*.

Su temprana vocación religiosa llevó inicialmente a nuestra autora a un convento católico hasta que, tras siete años en él, colgó los hábitos y comenzó su formación académica en Oxford, pero su convicción de que las tradiciones religiosas y sapienciales tienen algo valioso que ofrecer a la humanidad no la ha abandonado nunca, y así ha terminado escribiendo más de una decena de libros dedicados a la historia comparada y la filosofía de las religiones. Con ello, se ha convertido en una de las mayores expertas en temas religiosos a nivel mundial, siendo *Naturaleza sagrada* su última obra escrita hasta el momento. En cada uno de los capítulos que componen esta obra, diez en total, se repite la misma estructura: la autora parte de una idea presente en diferentes tradiciones religiosas y filosóficas, explora sus ramificaciones y desemboca en una sección que denomina «Camino a seguir» en

la que, extrapolando las enseñanzas que dichas tradiciones pueden ofrecer a la sociedad occidental actual, pretende motivar un cambio en la mentalidad del lector que genere un mayor respeto y veneración por la naturaleza; todo ello para intentar solventar la crisis ecosocial y medioambiental.

Frente a la actual crisis ecosocial, nuestra autora propone una revolución o conversión en las mentes con el objetivo de recuperar el vínculo espiritual entre el ser humano y la naturaleza (y con ello poder llevar a cabo acciones que verdaderamente supongan una mejora para el entorno natural). Así, Armstrong afirma: «No basta con cambiar nuestra forma de vida, hemos de modificar también la totalidad de nuestro sistema de creencias» (p. 15); necesitamos superar la dañina cosmovisión reduccionista y mecanicista que ha propiciado la Modernidad euro-norteamericana. De esta forma, nuestra autora sugiere el cultivo de una sensibilidad de veneración hacia la naturaleza como fin en sí misma y por su valor intrínseco, para lo cual cabría apoyarse en tradiciones desarrolladas especialmente en Oriente (que han mantenido la creencia en la inmanencia de una sagrada fuerza presente en la naturaleza que unía a todo ser, ya fuera persona, animal o vegetal, a diferencia del carácter sobrenatural de un Dios distante propio de las religiones occidentales).

Para ello, al comienzo del libro, Armstrong defiende la necesidad de recurrir a mitos (*mythos*) positivos con tal de percibir la sacralidad natural mediante la puesta en práctica de rituales o ceremonias artísticas que enseñen a apreciar estética y emocionalmente la naturaleza de manera compasiva, pues el discurso científico de advertencia ecológica parece no ser suficiente. Así, en el capítulo 2 continúa expli-

cando cómo distintas tradiciones mítico-religiosas defienden la existencia de un sagrado principio en forma de energía que mantiene en armonía todo el cosmos y que puede captarse mediante la contemplación de la naturaleza para el desarrollo de una mentalidad antropocósmica, ya sea con el *qi* en el confucianismo, el *tao* en el taoísmo, los *devas* en el hinduismo, la *buddhadhatu* en el budismo Mahayana, o el *Ein Sof* en la mística judía de la Cábala.

Siguiendo con la exploración de diferentes narraciones religiosas, durante el capítulo 3, Armstrong invita a la reflexión sobre la santidad de la naturaleza criticando nuestro modo de interactuar con ella en beneficio propio, pues recurrimos a ella únicamente por su valor instrumental. Así, nuestra autora no deja de insistir en que debemos modificar nuestro pensamiento sobre la naturaleza, para lo cual es necesario prestar atención a las “señales” que esta nos envía en forma de desastres naturales. La naturaleza resulta ser una epifanía que el ser humano moderno debería apreciar (y para ello tiene que aprender a considerar sus acontecimientos como hechos extraordinarios y asombrosos).

Durante el resto de los capítulos, Armstrong explica que la toma de conciencia en forma de responsabilidad humana ante el daño causado al medio ambiente debe ser adquirida por toda la sociedad, reflejando así nuestra gratitud hacia la misma. Para ello, podríamos aprender a acomodarnos al equilibrio natural como ejemplo de biomímesis con la creación de sociedades humanas compatibles con ecosistemas naturales. Así, nuestra autora continúa en el capítulo 6 expresando que este cambio de mentalidad es un proceso exigente que supone comenzar buscando cierta soledad, alejándonos de las distracciones mundanas, purificando nuestro ser y abandonando nuestro yo para someter-

nos a la divinidad. Esto es lo que en la Grecia antigua se expresaba con el término de *kénosis* o “vaciamiento” del yo, es decir, un abandono del ego, como muestran figuras tales como Gandhi, M.L. King y Nelson Mandela. En una *kénosis* ilimitada «todo se entrega a una reciprocidad creativa y espontánea» (p. 90), y llega a advertirse que todos los seres humanos, animales y vegetales se hallan en un proceso armónico de complementación. En este sentido, los humanos seríamos capaces de sintonizarnos con la naturaleza al dejar de imponer nuestra voluntad sobre ella, permitiendo así una relación armoniosa, de manera que nuestra vida se desarrollaría de un modo más acorde y respetuoso con el medio.

Para que una situación así pueda llevarse a cabo, en el capítulo 8 Armstrong propone que se siga la *regla de oro* o ética de la reciprocidad, que consiste en no hacer al resto lo que a uno no le gustaría que le hiciesen. Confucio fue uno de los primeros que la expuso como esencia del concepto *ren*, cuyo sentido remite a las obligaciones de uno con el otro y a la capacidad de ponerse en su situación, mostrando que nuestro comportamiento con el exterior también determina la conducta del otro. Así, preocuparse por el otro supone preocuparse por la naturaleza, honrándola y protegiéndola para participar de su reconstrucción y armonía. Ahora bien, no se trata de una relación mística, sino de una ética derivada del hábito de la compasión, de ser responsables de nuestros actos y ser conscientes del vínculo humano con lo natural, respetando su equilibrio y sus principios. Esta regla guarda relación con el principio hindú de *ahimsa*, que Armstrong introduce en el capítulo 9, cuya traducción sería “no causar daño”. Fueron los jainistas quienes mayor importancia dieron a este principio, pues trataban todo cuanto existe en el universo

como poseedor de una *yivá* –una especie de principio vital– que había de ser respetada y tratada como sagrada y libre. Así, nuestra autora señala la importancia de la no violencia explicando que el daño a todo ser que forma parte del todo supone a su vez el daño hacia uno mismo. Lo que Armstrong propone es romper con la alteridad y ampliar miras, comprendiendo que “lo otro” no existe como contraparte de “lo mío”, sino que todo forma parte del todo.

Con todo ello, en el capítulo 10, nuestra autora evoca la imagen de los círculos concéntricos, propia de la tradición china, señalando la necesidad de trascender tanto el egoísmo como las ideas posesivas y de extender a los otros nuestra empatía. Esto no se reduce al ámbito privado, sino que es extensible a lo colectivo y, según comenta Armstrong, los chinos ya tenían este pensamiento global desde los albores de su historia. Nuestra autora, siguiendo en este sentido las enseñanzas de Mencio, plantea ir un paso más allá y no circunscribir los límites de nuestra empatía a los de nuestra especie, sino extenderlos a la totalidad de la naturaleza. Esta extensión supone tratar todo cuanto existe como poseedor de un valor que le es propio y que, por tanto, merece en sí mismo respeto. Esta tarea de ensanchar los círculos concéntricos le corresponde al individuo, de tal modo que cada uno tiene una cuota de responsabilidad en la ulterior consecución de la paz, razón por la cual no es algo que dependa únicamente de las decisiones tomadas por los partidos políticos.

Finalmente, Armstrong concluye señalando que para superar la crisis medioambiental resulta necesario reconectar con la naturaleza, y para ello nuestra autora aconseja alejarse del ruido y de la continua actividad de nuestras sociedades para admirar la naturaleza en su silente

majestuosidad. Ello implica superar la ruptura histórica entre Dios y la naturaleza, devolviendo a esta su carácter sagrado. Y, para llevar a cabo tal transformación, hemos de cambiar primero nosotros mismos mediante un proceso de toma de conciencia en virtud del cual asumamos las consecuencias de nuestras acciones y adquiramos una postura más biocéntrica que antropocéntrica hacia el medio natural. «El hecho de que comprendamos al fin que nuestra propia existencia depende de la naturaleza indica que ha llegado la hora de abandonar nuestro antropocentrismo para abrazar, como preocupación última, la totalidad del cosmos» (p. 138-139). En definitiva, se trataría de conseguir una transformación espiritual comunitaria y *antropocósmica* a favor de la naturaleza que acabe con las formas más destructivas de conducta humana. Sin duda, ¡no es pequeña tarea!

*Inés Sanz Manzano,*

*Elena Pardo Cabrera,*

*María Celina Martínez Cubillo y*

*Luis Sánchez de Benito*

Máster en Humanidades Ecológicas,  
Sustentabilidad y Transición Ecosocial,  
UAM-UPV

## EL MUNDO ESTÁ EN VENTA. LA CARA OCULTA DEL NEGOCIO DE LAS MATERIAS PRIMAS

Javier Blas y Jack Farchy

Península, Barcelona, 2022

525 págs.

Es obvio que las materias primas (petróleo, carbón, minerales, cereales, etc.) son elementos presentes en innumerables transacciones económicas, tanto dentro de cada

país, como a lo largo y ancho del mundo. Cuando se consultan los datos sobre extracción, consumo, importaciones o exportaciones de esas materias primas, en general se subraya el papel que cumplen los diferentes países (Estados Unidos, Rusia, los países de la OPEP, etc.) en cada uno de esos eslabones del proceso productivo. Este procedimiento, que tiene interés desde varios puntos de vista, oculta, sin embargo, el papel jugado por unos agentes clave que, durante las últimas décadas han *lubricado* el funcionamiento de esos mercados y hecho posible dichas transacciones: las empresas comercializadoras.

Este libro notable se encarga, precisamente, del estudio de estas empresas que, sin dedicarse a la extracción de estos recursos, vienen dominando los mercados del petróleo, de los metales y los productos agrarios desde hace más de medio siglo. Por sus páginas pasan corporaciones como Philip Brothers, Marc Rich + CO, Vitol, Glencore, Trafigura, o Cargill, frecuentemente interrelacionadas a través de sus ejecutivos pioneros, y que han conformado auténticas dinastías empresariales. Con estos mimbres hubiera sido fácil realizar una simple crónica, bien informada, sobre algunos de los episodios protagonizados por dichas compañías. Sin embargo, Blas y Farchy van más allá y combinan lo anterior con una aguda reflexión analítica sobre cuatro cambios que se han producido en la economía mundial, y que sirven de contexto para explicar la aparición y el papel jugado por estas empresas comercializadoras.

¿Cuáles han sido esos cambios? Por un lado, la apertura desde los años sesenta de algunos importantes mercados que, como el del petróleo, estaban controlados por las “siete hermanas” herederas de la Standard Oil, y que los procesos de descolonización y la nacionalización de nu-

merosos yacimientos petrolíferos llevaron a la aparición de nuevos agentes con influencia en la fijación de los precios del crudo. Estos países con recursos nacionalizados utilizaron asiduamente como intermediarios a los comerciantes de materias primas para colocar su producción. Por otra parte, el derrumbe de la Unión Soviética a partir de 1991 no solo rediseñó las relaciones económicas y políticas a escala mundial, sino que, dado su papel principal en la extracción de materias primas, el caos asociado a su derrumbe la convirtió en objetivo de las empresas comercializadoras que entraron de lleno en las operaciones de compraventa de fábricas y minas a precio de saldo, o de ayudas al mantenimiento de su actividad, con contrapartidas bastante onerosas. Un tercer aspecto tiene que ver con la expansión económica de China y su importante crecimiento a partir del año 2000, lo que generó una demanda creciente de recursos naturales para abastecer tal crecimiento y alimentó lo que se conoció como el superciclo de las materias primas de la primera década del siglo XXI. Un superciclo en el que, como se relata en el libro, las empresas comercializadoras tuvieron un papel destacado. Y, por último, desde la década de 1990, el proceso de financiarización de la economía mundial con el auge de las finanzas en los mercados de materias primas y la emergencia del sector bancario en la sombra, supusieron un espaldarazo al desarrollo de los mercados de futuros del petróleo y los metales, y al creciente protagonismo de las empresas comercializadoras en la compraventa, no solo de barriles físicos, sino también de “barriles de papel”. Un protagonismo en el que participaron también otros agentes como los fondos de inversión institucionales, de pensiones, y los bancos de inversión, aunque con menor conocimiento de las realidades físicas del mercado.



Blas y Farchy detallan muy acertadamente que, en todas estas décadas (salvo alguna excepción que comentaremos más tarde), el rasgo que domina en el comportamiento de estas empresas ha sido (y es) la opacidad y las constantes sospechas de corrupción: operan en rincones poco iluminados del sistema financiero internacional, las materias primas que transportan se encuentran muchas veces en alta mar (fuera de las regulaciones nacionales), realizan el grueso de sus operaciones a través de sociedades pantalla radicadas en paraísos fiscales y, suelen, a su vez, tener su sede oficial en países como Suiza o Singapur, donde los controles son bastante laxos. Tan laxos que, durante muchos años, los pagos por sobornos realizados por empresas con sede en Suiza eran desgravables en concepto de “honorarios de facilitación”.

No debe extrañar que, con estos rasgos, la riqueza y el poder de este puñado de empresas se haya expandido rápidamente. Como señalan los autores, solo en 2019, las cuatro mayores empresas comercializadoras de materias primas facturaron 725.000 millones de dólares, lo que era equivalente al total de las exportaciones de un país como Japón en ese año.

Las páginas del libro describen, a grandes rasgos, dos etapas en el discurrir de estas empresas: antes de 1990 y después de esa fecha. En el primer caso, se relatan las trayectorias de los “padres fundadores” de la industria, donde destacan personajes como Theodor Weisser, que justo después de la segunda guerra mundial se convirtió en pionero, en plena guerra fría, de la compra clandestina de combustible a la URSS para venderlo a otros países occidentales a través de su empresa Manabaft. Algo similar cabría decir de Ludwig Jesselson quien, por las mismas fechas, como joven comerciante de metales, llevó

a Philip Brothers a convertirse en una de las principales comercializadoras de materias primas. Y lo mismo cabría afirmar de John H. MacMillan Jr., al frente de su empresa familiar (Cargill) de comercialización de productos agrícolas, que se convirtió en la empresa familiar más grande de Estados Unidos haciendo que sus miembros fueran rápidamente multimillonarios. No hay que olvidar, en todo caso, que esta aparición de las empresas comercializadoras se vio acompañada de una época (la “edad dorada” del capitalismo) que vio tasas espectaculares de crecimiento del comercio internacional tras la segunda guerra mundial.

Hubo, no obstante, dos elementos que acompañaron la evolución de estas (y otras) empresas en ese período. En primer lugar, un cambio de estilo respecto a los viejos comerciantes de materias primas, ya que ahora su radio de acción serían los mercados globales y no tanto los mercados nacionales concretos. En segundo lugar, los vínculos iniciales con los países comunistas que se consideraban de gran riesgo en un clima de guerra fría y boicots comerciales mutuos, pero también con otras zonas del mundo donde la inestabilidad, el peligro y las pocas perspectivas de éxito, a priori, las hacían poco atractivas (Irán, Jamaica, Sudáfrica, Burundi, Angola, etc.). Era justo esa capacidad para dejar de lado la ética, para entrar en esos nichos de negocio arriesgados y que otros no cultivaban por miedo a las represalias, lo que (si el engaño salía bien) incrementaba sus beneficios y margen de actuación en terrenos que otros no solían pisar. Por ejemplo, el *apartheid* sudafricano habría sucumbido mucho antes sin el petróleo vendido por Marc Rich+Co quien, saltándose el embargo, lo colocó a un precio que doblaba el fijado en esos momentos en los mercados. Acciones que Marc Rich repitió con la compra de

petróleo de Irán durante la crisis de los rehenes en 1979 y el embargo comercial al que estaba sujeto (aunque en este caso, esta operación estuvo en el origen de su caída en desgracia y persecución judicial durante dos décadas que terminó con un indulto de Bill Clinton en 2003).

Aunque las décadas de los años setenta y ochenta desplegaron unas nuevas reglas del juego en mercados tan importantes como el del petróleo, el período que comienza con la década de 1990, con el desplome de la Unión Soviética y el ascenso de China supuso un cambio considerable en la capacidad de las empresas comercializadoras para influir sobre los mercados de materias primas. Blas y Farchy describen muy bien lo que denominan “la mayor liquidación por cierre de la historia”, es decir, el colapso de la Unión Soviética desde el punto de vista de los mercados de materias primas. Efectivamente, multitud de empresas dedicadas a la extracción de petróleo, de aluminio, cromo, etc., o numerosas refinerías y fundiciones se vieron, de la noche a la mañana, sin la orientación de una burocracia que dictaba los volúmenes de producción y dónde venderlo, y les suministraba los recursos necesarios para pagar los consumos intermedios y los salarios de los trabajadores para desarrollar su actividad. La desesperación hizo que muchas de ellas “cerraran acuerdos directamente con embaucadores locales o comerciantes de materias primas extranjeros”, llevando a que muchos de los recursos naturales y materias primas de ese país se acabaran vendiendo por la cuarta parte de su valor en el mercado internacional. Es fácil imaginar que en ese caos en el que el viejo sistema se derrumbaba y no existían todavía nuevas reglas legales claras, hacer negocios en la antigua Unión Soviética se volviera un terreno peligroso (el “salvaje Este”) en el que los

saqueadores de todos esos recursos públicos (oligarcas) encontraron la ayuda de unos comerciantes de materias primas que se movían especialmente bien en ese ambiente. Blas y Farchy resumen de manera certera esa colaboración: «Los ejecutivos estaban a disposición de los aprendices de oligarca, les enseñaban cómo exportar la mercancía y les ayudaban a conseguir el capital inicial que les permitiría comprar una buena parte de la economía rusa a medida que se iba privatizando. Hacían de enlace entre los rusos y las finanzas occidentales y, en algunos casos, les revelaban los trucos de los paraísos fiscales y las empresas pantalla extranjeras que los comerciantes de materias primas habían estado empleando desde hacía décadas».

Fue a comienzos de la década de 2000 cuando China experimentó un notable incremento en la demanda de materias primas para alimentar su ritmo de urbanización, expansión económica y producción destinada a la exportación (a lo que no fue ajeno su entrada en la OMC en 2001). Se estaba convirtiendo en la fábrica del mundo. Como se recuerda en el texto, «en 2008, China exportaba más en un solo día que en 1978». En el caso de las materias primas, tal vez valga como muestra el siguiente botón: en 2017, China era responsable de la mitad de la demanda de cobre mundial, y en 2019 era el mayor importador de petróleo del mundo. El elemento clave es que, junto a China, entre 1998 y 2018, varios países emergentes como Brasil, Rusia, India (es decir, los BRIC junto con China) más Indonesia, México y Turquía, fueron los responsables del 92% del incremento de consumo de metales, del 67% de energía y del 39% de alimentos. Con un incremento tan importante y sostenido de la demanda era de esperar que apareciera un ciclo de precios alcistas duradero (su-

percielo) diferente de la típica coyuntura alcista producida por una mala cosecha o una restricción ocasional en la oferta de una materia prima. Y en ese superciclo también tuvieron su protagonismo las empresas comercializadoras. En especial Glencore, de la mano de uno de sus directivos, Ivan Glasenberg, que apostó fuerte por el incremento del precio del carbón a finales de los años noventa pero de una manera peculiar: al no existir todavía mercado de futuros del carbón, y con precios del carbón a la baja, Glencore compró directamente más de una docena de minas en Australia y Sudáfrica, con acuerdos también en Colombia, lo que llevó a Glencore a convertirse en el principal mayorista de carbón térmico a escala mundial (acaparaba 1 de cada 6 toneladas de carbón comercializadas por vía marítima). Esta apuesta dio sus frutos y solo tuvo que esperar al espectacular incremento de la demanda de carbón experimentada por China para obtener los réditos correspondientes.

El ejemplo de Glencore sirvió de estímulo a otros comerciantes de materias primas, lo que transformó el modelo tradicional de negocio: se pasó únicamente de comprar en un lugar y vender en otro, a invertir en activos que abarcaban toda la cadena de suministros: desde minas, hasta barcos, petroleros, almacenes, estaciones de servicio, etc., lo que transformó a empres «pequeños imperios de infraestructuras esenciales para el flujo de comercio mundial».

Como se recuerda en el libro, cuando Rusia y los antiguos países de la Unión Soviética no fueron capaces de abastecer las necesidades de China y el resto de países emergentes, la nueva frontera de extracción y comercio se trasladó con fuerza hacia África. Empresas como Glencore fueron la avanzadilla de esta estra-

tegia mediante la cual, como atinadamente subrayan Blas y Farchy: «Las comercializadoras compraron materias primas africanas, invirtieron en minas como la de Mutanda (Ángola) y financiaron a gobiernos africanos. Durante el proceso, apoyaron a muchos líderes impopulares y autoritarios. También crearon vínculos entre las materias primas africanas y las fábricas chinas, y entre los cleptócratas africanos y las cuentas bancarias londinenses y suizas».

El poder que habían alcanzado les permitía también convertirse en auténticos prestamistas de “último recurso” y utilizar esa capacidad para obtener pingües beneficios. Ya había ocurrido en los años ochenta en Jamaica con Marc Rich +Co y su ayuda al país con el suministro de petróleo de urgencia a cambio de una posición privilegiada en la compraventa de bauxita (base del aluminio) de Jamaica. O, en el caso de Cuba que, para superar las dificultades de abastecimiento de petróleo durante el período especial de comienzos de la década de 1990, se tuvo que recurrir a un acuerdo con Vitol en el que, a cambio de petróleo, se compensó la deuda cediendo a la empresa una posición de privilegio (hoteles de lujo, etc.) en el desarrollo turístico de la isla. El libro da cuenta pormenorizada de episodios similares con Trafigura en Angola, Glencore en Chad, o ABCD salvando a China ante el incremento espectacular de los precios de los alimentos desde 2006 y la creciente escasez que hacía peligrar la “estabilidad social” de un país que, en 2008, se había convertido en el comprador de la mitad de la soja objeto de comercio a escala mundial.

Pero, tal vez, el último ejemplo del poder de estas empresas sobre el mercado de materias primas se hizo evidente con la epidemia del coronavirus en 2020. Con un

confinamiento que afectó a numerosos países y cierres masivos de empresas y fábricas por todo el mundo, la demanda de petróleo se redujo considerablemente (cayó más de un 30%) y en pocas semanas el precio del crudo se redujo de 60 a 20 dólares el barril (en abril de 2020). La industria no vendía petróleo, los tanques de almacenamiento estaban a rebosar y los productores temían una parada total de la producción con excedentes masivos que llegaron a provocar precios negativos del crudo en algunos momentos. En este contexto, aparecieron las empresas comercializadoras comprando (a muy bajo precio) todo el petróleo que los desesperados productores no podían vender y lo almacenaron en alta mar en una flota de grandes petroleros a la espera de venderlo en el mercado de futuros al triple o cuádruple de su valor. Y, en efecto, esto es lo que sucedió. La primera mitad de 2020 fue uno de los períodos más lucrativos en la historia del comercio de petróleo para compañías como Glencore, Trafigura o Mercuria.

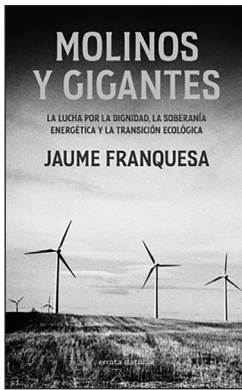
Cabe señalar que el libro de Blas y Farchy hace un extraordinario esfuerzo por romper con la opacidad y democratizar la información sobre el poder de estas compañías y el grado en que determinan la evolución de la economía mundial. No es poco mérito, pues se trata de empresas que, en general, no cotizan en Bolsa y, por tanto, son difíciles de escrutar pues siempre son muy celosas de sus “prácticas comerciales”. Una excepción fue Glencore que, obligada por la presión para obtener financiación en su estrategia de compras de infraestructuras energéticas para no depender solo de la comercialización, acabó saliendo a Bolsa en 2011 y tuvo que “desnudarse” ante los inversores para asegurar la venta de acciones. Esto supuso un auténtico terremoto

en el sector pues sirvió para que otros agentes del mercado (países y empresas productoras) comprobasen hasta qué punto esta compañía se había enriquecido a su costa y, por tanto, las prácticas del resto de empresas comercializadoras podían ser similares.

Por último, el libro hace un esfuerzo por plantear algunos problemas profundos que deberá acometer el sector en los próximos años. Además de la mejora en la democratización de la información, se encuentra el hacer frente a las prácticas corruptas que han comenzado a ser perseguidas por algunos gobiernos (como el de Estados Unidos) al amparo de la vulneración de normas sobre embargos comerciales. También preocupa el impacto que puedan tener las tendencias “desglobalizadoras”, las políticas para hacer frente al cambio climático y la reducción en el uso de combustibles fósiles o, finalmente, la presión que está ejerciendo China para hacerse con el control de la compraventa de las materias primas que ella consume, orillando la acción de las empresas comercializadoras. Todos ellos son procesos en marcha con resultados muchas veces inciertos. Sin embargo, no cabe duda de que el riguroso libro de Blas y Farchy aporta informaciones e interpretaciones que ayudan a comprenderlos. Más aún cuando, como en este caso, el periodismo de investigación concreto y riguroso se entrelaza con un conocimiento de las grandes tendencias que se encuentran por debajo de la evolución de la economía mundial. Una economía mundial que tiene muchas zonas oscuras, de ahí que textos como este, que tratan de iluminar alguna de esas zonas, son siempre de agradecer y resultan necesarios.

*Óscar Carpintero*  
Universidad de Valladolid

## NOTAS DE LECTURA



### MOLINOS Y GIGANTES. LA LUCHA POR LA DIGNIDAD, LA SOBERANÍA ENERGÉTICA Y LA TRANSICIÓN ECOLÓGICA

Jaume Franquesa

Errata Naturae, Madrid, 2023

502 págs.

La energía constituye la piedra de toque de las transiciones ecosociales, y que deberán llevar, necesariamente, a una descarbonización de las sociedades, ya sea de forma ordenada (preferiblemente) o por la fuerza de los hechos ante los límites que nos impone el rápido avance del cambio climático y el agotamiento de los yacimientos de combustibles fósiles más accesibles y baratos.

Las transiciones a energías renovables son ya ineludibles, pero esa transformación puede adoptar muchas formas, desde transiciones descentralizadas, participativas y democráticas a otras transiciones capitaneadas por los mismos oligopolios energéticos de siempre, y todas las opciones intermedias de esta gama. Y ni el proceso ni los resultados

son los mismos ni son indiferentes. Como se defiende en el libro aquí comentado, más allá de las cuestiones puramente técnicas, la transición energética constituye una cuestión política que apela a la ciudadanía y exige un debate público.

Jaume Franquesa, doctor en Antropología Social y profesor e investigador en el Departamento de Antropología de la Universidad de Búfalo, en Nueva York, aborda precisamente esta cuestión clave con una etnografía de perspectiva histórica y desde el enfoque de la ecología política que ofrece una mirada a las luchas sociales relacionadas con la transición energética.

*Molinos y gigantes* realiza un repaso de la historia política y económica del sector eléctrico en España, y escarba en la gestión de los actuales gigantes del sector, sus vínculos con el franquismo y la posterior liberalización con el Gobierno de Aznar, el breve periodo dorado descentralizado de las renovables hasta el Real Decreto 900/2015, conocido como el "impuesto al sol", del Gobierno de Rajoy, que permitió el desembarco en las renovables de los oligopolios del sector y acabó con buena parte del ecosistema de pequeñas empresas, sobre todo en el sector fotovoltaico, que había florecido al calor del momento.

Con prólogo de Jason Moore, la monografía se compone de siete capítulos que van desgarrando tanto la gestación del actual modelo como el movimiento de protesta que ha generado.

Franquesa lanza en su monografía una mirada crítica al desarrollo del sector eólico en España, examinando el dominio mencionado de las grandes empresas oli-

gopólicas, entre quienes domina el afán extractivo y para quienes las consideraciones medioambientales parecen alcanzar solo para “hacer la foto” o el *spot* verde. El autor constata cómo la inmensa mayoría de estos proyectos de energía eólica están ubicados en zonas rurales, en esas zonas vaciadas forzosamente que marcan el desequilibrio territorial de España. Frente a la promesa de riqueza y puestos de trabajo, quienes habitan esas zonas rurales ven degradarse su vida cotidiana y el entorno que les rodea.

El autor parte de un caso de estudio, el sur de Cataluña, región con más nucleares de España y entre las que tienen más parques eólicos. A través del método etnográfico, Franquesa recoge los testimonios de vecinos y vecinas de la zona que expresan sus críticas al modelo de renovables que se está imponiendo, dominado por oligopolios y falta de participación y democracia, que la ciudadanía de la zona sintetiza en el lema: «Renovables sí, pero no así».

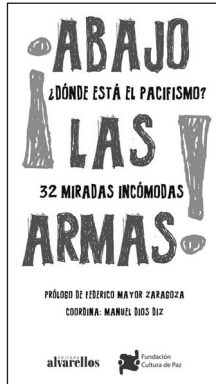
Y es que el modelo de transición energética que se está adoptando tiene mucho de continuismo y reforzamiento de las posiciones de poder, y mucho menos de transición a otro modelo de funcionamiento, más participativo y democrático. El tipo de sector de renovables que se está impulsando contribuye a profundizar las fracturas territoriales del Estado español, con unos territorios dedicados a proporcionar el suelo y los recursos para las nuevas actividades –lo que la socióloga Maristella Svampa denomina «zonas de sacrificio»–, así como la energía y la mano de obra que utilizarán en las zonas urbanas, dedicadas a la acumulación de capital y al consumo.

En la misma línea, los parques eólicos se concentran en determinadas comunidades autónomas, principalmente en los territorios interiores de Castilla-León, Galicia, Aragón, Andalucía y Castilla-La Mancha. Estos desequilibrios se reflejan igualmente en las emisiones de gases de efecto invernadero: dos comunidades autónomas, Andalucía y Cataluña, concentran el 30% de las emisiones.<sup>2</sup> Los megaproyectos energéticos son solo una parte de una lista más extensa compuesta por proyectos de “nueva minería”, macrogranjas y explotaciones de agricultura intensiva que componen el retrato de los modos de actuar del modelo económico en la actualidad. Todos ellos dificultan el arraigo de la gente a sus territorios y genera numerosos conflictos socioecológicos, algunos de los cuales en el sur de Cataluña, ilumina Franquesa en su texto.

El libro de Jaume Franquesa contribuye a examinar las raíces de los problemas y los conflictos que produce ese modelo energético, y alumbrando las posibles vías de salida.

*Área Ecosocial de FUHEM*

<sup>2</sup> Santiago Álvarez Cantalapiedra et al., *Informe Ecosocial sobre calidad de Vida en España*, FUHEM, Madrid, 2023.



## ¡ABAJO LAS ARMAS! ¿DÓNDE ESTÁ EL PACIFISMO? 32 MIRADAS INCÓMODAS

Manuel Dios Diz (coord..)

Editorial Alvarellos, Santiago de Compostela, 2023.

236 págs.

Desde que comenzara la invasión de Rusia a Ucrania muchas son las voces del pacifismo que se han levantado con el grito de “no a la guerra” y por la negociación, aunque hayan sido acalladas por incómodas ante el poder establecido.

El título de la obra *Abajo las armas* es un guiño a modo de homenaje a la famosa novela de la baronesa Berta von Suttner, primera mujer premio Nobel de la paz, con la que alzó su voz contra las guerras de finales del siglo XIX.

El libro está coordinado Manuel Dios Diz, educador e histórico activista gallego por la Paz y reúne a 32 voces españolas e internacionales, expertas en análisis y resolución de conflictos que un año después del inicio del conflicto de Ucrania se preguntan dónde habita el pacifismo.

En palabras del coordinador «Son 32 prestigiosas miradas, todas ellas más o

menos incómodas, en tiempos en los que manifestar públicamente discrepancia, optar por la paz y el entendimiento, por el diálogo y la solución pacífica de los conflictos, no está bien visto, no está de moda o, lo que es mucho peor, significa convivir con el sambenito a la espalda de “buenista”, “cómplice” o incluso de “traidor»»,

A Federico Mayor Zaragoza, que prologa el libro, le acompañan las voces de: David Adams, Jordi Armadans, Manoel Barbeitos, Ana Barrero Tíscar, José A. Binaburo Iturbide, Ingeborg Breines, Irene Comins Mingol, Manuel Dios Diz, Jonan Fernández Erdozia, Lourenzo Fernández Prieto, Tica Font, Emilio Grandío, Rafael Grasa, Xoán Hermida González, Garry Jacobs, Joám López Facal, Carmen Magallón, Karen Marón, Manuela Mesa, María Novo Villaverde, María Oianguren, Pere Ortega, Negoslav P. Ostojić, Adolfo Pérez Esquivel, Victorino Pérez Prieto, Montserrat Ponsa Tarrés, Anaisabel Prera, José Manuel Pureza, Gervasio Sánchez, Yashmina Shawkí, Guillermo Solarte Lindo y Boaventura de Sousa Santos.

Conviene destacar varios de los mensajes transmitidos por algunos de los autores, por la importancia y trascendencia que sus voces tienen en este mundo convulso.

Según palabras de Jordi Armadans, activista por la paz y el desarme, nos encontramos en un mundo gobernado por la cultura de la violencia, lastimado por violencias físicas y fracturado por violencias estructurales, donde proliferan los discursos de odio y la deshumanización hacia los otros sean inmigrantes, refugiados, extranjeros, mujeres, diferentes, diversos... Para aspirar a un mundo más justo y pacífico necesitamos mucho más pacifismo mucho más trabajo por la paz.

Ana Barrero Tíscar, directora de la Fundación de Cultura de Paz y presidenta de la Asociación Española de investigación para la paz (AIPAZ), nos recuerda que el pacifismo ha apostado tradicionalmente por el desarme y por el antimilitarismo y ha promovido el arbitraje, la negociación, la diplomacia y el diálogo como vías para prevenir los conflictos bélicos y como alternativas para solucionarlos... Las voces y el trabajo por la paz son más necesarios que nunca para continuar poniendo de manifiesto que todas las violencias son evitables, que las armas no paran las guerras, sino que las alimentan y que las personas tenemos las capacidades para hacer las paces.

Irene Comins Mingol, profesora del departamento de Filosofía y Sociología de la Universidad Jaume I de Castellón, advierte que la cultura del miedo y la violencia tienen un efecto perverso en el ser humano. La impotencia interiorizada, es decir, la sensación de que no podemos hacer nada, que el cambio no es posible, conlleva una especie de resignación que nos hace apartar la mirada de las cosas verdaderamente importantes.

Jonan Fernández, secretario general de Derechos Humanos, Convivencia y Cooperación del Gobierno Vasco nos recuerda que las páginas más hermosas de la historia han sido escritas desde los principales referentes del movimiento feminista pacifista y sus seguidores. El pacifismo ha conseguido activar lo mejor de la condición humana y promoverlo ha sido un contrapeso indispensable para alimentar la paz y la humanidad.

Tica Font, investigadora del Centre Delas d'Estudis per la Pau nos habla de cómo las personas que han hecho de la paz o del pacifismo su eje de vida, se han movido con la invasión de Ucrania y han

mostrado el rechazo a la guerra como instrumento político, pero se han encontrado con la capacidad comunicativa de los gobiernos occidentales de la creación de una opinión pública a favor de la guerra, en dar apoyo del Gobierno de Ucrania, generar el apoyo a las políticas de Estados Unidos y de la OTAN y mandar armamento o de incrementar los presupuestos de defensa.

Carmen Magallón, presidenta de la Fundación SIP de Zaragoza, afirma que el pacifismo no ha desaparecido sino que se ha transformado. Propone recuperar la presencialidad, la cercanía, el cuerpo que tan importantes son para la acción no violenta, para romper la cultura del miedo, para construir grupo y crear movimiento.

Manuela Mesa, directora de CEIPAZ y de DEMOSPAZ, afirma que el pacifismo no puede renunciar a ofrecer claves que permitan analizar el contexto internacional desde el compromiso con el multilateralismo, con el derecho internacional y con aquellos que sufren la violencia.

María Oianguren, directora de Gernika Gogoratuz nos dice que la paz cuando se despliega hacia la vida con formas y dinámicas aprendidas a través de saberes críticos, periféricos o desconocidos, nos invita a considerar otras maneras de habitar el mundo. La paz no es únicamente ausencia de violencia y guerra, se hace presencia en los cuerpos disidentes y en las acciones performativas, en el fortalecimiento de la agenda colectiva y en el desarrollo de capacidades creativas que protegen la vida en su conjunto.

Pere Ortega, investigador del Centre Delàs d'Estudis per la Pau, cree que es imprescindible que los movimientos sociales de todo tipo: ecologistas, feministas, de cooperación, de defensa de la tierra,



de Derechos Humanos hagan suya también la causa de la paz e incorporen en sus luchas las demandas del movimiento por la paz. El movimiento por la paz ha de trabajar por la construcción de un mundo donde la concordia, la cooperación, el desarrollo humano y la solidaridad hagan posibles proseguir los caminos para la convivencia y la paz.

Resulta necesario dar visibilidad al movimiento pacifista, y que el pacifismo siga presente y tenga el espacio que se merece,

desde donde reivindicar la necesidad de acabar con todas las guerras, y como dice Federico Mayor Zaragoza, exdirector general de la UNESCO, en el prólogo: «Que las generaciones que llegan a un paso de nosotros no nos acusen de silencio cuando tan acuciante era nuestra voz. En pie de paz, infatigables en la resistencia, a favor de la democracia auténtica. Que nunca puedan decirnos: “Esperábamos vuestra voz... y no llegó”. Delito de silencio».

*Área Ecosocial de FUHEM*